

Epílogo

Sin raíces no puede brotar una flor: la fecundidad del carisma

El 19 de marzo de 2005, fiesta de san José, se reunía en Milán la Diacónía central de la Fraternidad de Comunión y Liberación para proceder a nombrar al nuevo presidente, sucesor de Giussani. La asamblea eligió por unanimidad, con un solo voto en blanco, a Julián Carrón, con quien Giussani había querido compartir desde hacía un año su responsabilidad de guía de todo el movimiento, llamándole desde España — como se ha visto — con la plena aprobación de su arzobispo, el cardenal Rouco Varela.

Inmediatamente después empezó el Consejo Nacional de Comunión y Liberación. Nada más recitar el Ángelus tomó la palabra Carrón, que comentó así las palabras de la oración a la Virgen María: «Cristo [...] ha entrado en la historia con esta novedad arrolladora que nos arrastra también hoy» y esta historia «nos ha alcanzado — es el primer pensamiento que he tenido hoy — a través de la querida persona de don Giussani. No hubiéramos podido — yo por lo menos, no sé vosotros — decir ‘Cristo’ con intensidad humana, sin él, sin el encuentro con él, sin vernos arrastrados en esta ‘vorágine’ que hoy adquiere todo su alcance, sin experimentar esa preferencia que el Señor ha suscitado en mí y en todos nosotros. Don Giussani nos ha arrastrado a todos juntos con él, haciéndonos experimentar de modo real quién es Cristo: ha sido él, él mismo, en la convivencia con él, compartiendo la vida con él, como Cristo ha conmovido hasta la médula nuestra vida aportándole una intensidad que nunca hubiéramos imaginado».

Por eso confesaba: el movimiento «no ha sido nunca para nosotros la experiencia de participar en una asociación: para nosotros ha sido participar en su fiebre de vida [...], en este torbellino de caridad con el que Cristo nos ha alcanzado». Que Giussani, era el deseo de don Carrón, «siga arrastrándonos con él, ahora que ya el tiempo y el espacio no le limitan, ahora que participa de la soberanía de Cristo que ya hemos empezado a experimentar. Ahora actúa — lo vemos todos los

días— más que nunca». Aún dentro del dolor por su muerte, Carrón invitaba a mirar al presente con la seguridad del bien que nos esperaba a todos: «con tranquilidad, seguros, sin miedos ni temores, no porque seamos muy capaces, no porque nos sintamos a la altura, sino por la certeza de que él no nos abandonará nunca, como tampoco nos ha ‘dejado’ a ninguno de nosotros —uno por uno— a lo largo de todos estos años. Cada uno de nosotros sabe hoy mejor que nadie hasta qué punto es verdad que dio toda su vida —¡toda su vida!— por nosotros, hasta el último instante».

En cuanto a sí mismo, admitía: «En todo este misterio se inserta mi pobre ‘yo’, desde que don Giussani ejerció su responsabilidad ante Dios llamándome a Milán». Respondiendo a aquella invitación, continuaba, «durante todos estos meses he sido consciente de responder al Misterio presente. [...] Es como si todo estuviera dentro de un designio misterioso». Después recordaba los últimos meses transcurridos junto a Giussani: «Nos han hecho experimentar su paternidad: todos, arrastrados por el afecto hacia él, hemos sido realmente generados como hijos y hemos tenido que rendirnos a ese designio misterioso que culminaba en él. Yo he sido testigo privilegiado de su enfermedad en estos últimos meses, en los cuales, instante tras instante, teníamos que rendirnos ante el modo como el Misterio lo llevaba a plenitud. Hemos tenido que aprender a obedecer al Misterio en la forma concreta en la que Él ha cumplido la vida de don Giussani»¹.

Después retomó una intervención de Giussani de 1992, al volver después de algunos meses de ausencia por enfermedad («El mayor sacrificio es dar la propia vida por la obra de Otro»; ver aquí, p. 871), observando que «es como si lo hubiese preparado para nosotros ahora. [...] Es impresionante leerlo ahora, porque ahora podemos comprender verdaderamente el alcance de lo que había dicho hace años»². Carrón se refería a ese pasaje en el que Giussani afirmaba: «*Dar la vida por la obra de Otro*; este ‘otro’, históricamente, fenoménicamente, en cuanto apariencia, es una determinada persona, soy yo [...]. Pero nada más ser pronunciada, la palabra ‘yo’ se esfuma, se pierde en la lejanía; porque el factor histórico que puede describirse, fotografiarse, indicarse por su nombre y apellido, está destinado a desaparecer del escenario en el que comienza una historia. Por eso, este es un momento en el que es esencial tomar conciencia de la gravísima responsabilidad que tiene cada uno, como urgencia, lealtad y fidelidad. Es el momento de que cada uno asuma su responsabilidad con el carisma»³.

Durante aquella intervención de 1992, Giussani había indicado también las condiciones para la continuidad de la historia del movimiento: «Yo puedo desaparecer, pero los textos que dejo y la continuidad ininterrumpida —si Dios quiere— de las personas indicadas como punto

de referencia, como interpretación verdadera de lo que ha sucedido en mí, quedan como instrumento para corregir y suscitar de nuevo; se convierten en el instrumento de la moralidad. La línea de personas indicadas como referencia es lo más vivo del presente, porque un texto puede también interpretarse; es difícil interpretarlo mal, pero puede ser interpretado»⁴.

Por eso la elección del nuevo presidente de la Fraternidad, comentaba Carrón, «es la primera ocasión que se nos ofrece para manifestar nuestra filiación: con esta votación os habéis demostrado hijos, porque habéis seguido lo que don Giussani indicó como punto de referencia»⁵.

En un retiro de los novicios de los *Memores Domini* del verano de 1997, Giussani había leído una frase de Cristo contenida en el Evangelio según san Juan: «Os conviene que yo me vaya»; y la comentó así: «Es —¿cómo decirlo?— como una confesión para mí, porque también yo me marcharé dentro de poco, me estoy marchando, más aún (también vosotros, ¡eh!... dentro de cincuenta años también vosotros os estaréis marchando). [...] Cuando carnalmente, visiblemente, hay un cambio, cuando sensiblemente cambia un amigo con el que hemos recorrido un tramo de camino, más aún, que ha recogido toda nuestra fatiga tras la confianza de los comienzos, esto se convierte en una razón negativa para nuestra vocación y pensamos: ‘¿Seremos entonces menos ayudados? ¿Estando menos seguros, estaremos menos...?’. Cuando desaparece la realidad contingente que Cristo ha usado para entrar en nuestra vida nos entra miedo. Al faltar la persona por la cual nos hemos adherido a la vocación y que nos ha acompañado, nos da miedo, temor». Como no compartía esta actitud, Giussani prefirió seguir a Jesús, y explicó por qué: «Os conviene que esto suceda. Cuando perdemos el apego a la modalidad con la que la verdad se nos comunica, cuando asumimos, por tanto, con libertad esta pérdida del modo en que se nos han dicho las cosas, entonces la verdad de la cosa empieza a emerger con claridad». Pero esto no conduce a la abstracción y al desapego de la realidad concreta, porque «Cristo nos alcanza, el Misterio nos alcanza a través de hechos sencillísimos, a través de una humanidad, de una realidad humana, pero no depende de que sea capaz de hablar bien o de que os fieis, no depende de que tenga un determinado modo de ser, no depende de esto la seguridad en la que os apoyáis para caminar: depende de Jesús. Habéis entrado en una relación directa con el misterio de Jesús, que gobierna la historia a través de las existencias que Él aferra»⁶.

Por eso, seguía Carrón, «lo que está en juego en el seguimiento de este punto contingente es la relación con Jesús. No me interesa el organigrama, me interesa caminar hacia el Destino, hacia Cristo, porque solo Él es capaz de hacerme experimentar una intensidad de vida que ninguna organización puede darme. Y me interesa tener

relaciones verdaderas, leales, no formales, para conocer a Cristo. No me interesa otra cosa, no logra interesarme, aunque pueda ceder por mi mal, pero aquello a lo que debo rendirme como conciencia y como juicio, por la experiencia que tengo, es que no hay nada que interese a mi vida como Cristo»⁷.

Carrón concluía su primera intervención de nuevo responsable de la Fraternidad leyendo una frase dictada por don Giussani a Gisella Corsico, su secretaria particular, en 1991, y leída por ella durante una comida que celebraron con un grupo de amigos en un restaurante cerca de la abadía de Chiaravalle, a las afueras de Milán: «Ha llegado el momento en el que el afecto entre nosotros cobra un peso específico inmediatamente más grande que incluso una lucidez dogmática, la intensidad de un pensamiento teológico o la energía para guiar. El afecto que es necesario que nos tengamos mutuamente tiene una sola exigencia: la oración, el afecto a Cristo. Ha llegado el momento en el que el movimiento camina exclusivamente en virtud del amor a Cristo que cada uno de nosotros tiene y que cada uno suplica al Espíritu poder tener». A Carrón aquellas palabras le parecían como la indicación de la tarea que esperaba a los responsables del movimiento, subrayando por eso que «este es nuestro programa, no hay más. Este es el desafío que tenemos delante: el movimiento camina exclusivamente en virtud del ‘sí’ a Cristo de cada uno de nosotros, de nuestro afecto a Cristo. Que esto crezca será una esperanza para nosotros y para el mundo, para la humanidad entera, porque seguiremos, al igual que don Giussani, haciendo presente a Cristo en el mundo, mostrando quién es no como una palabra sino como una experiencia». La oración con la que Carrón concluía su intervención en el Consejo nacional de CL se dirigía a María y a Giussani: «Confiemos nuestra historia a la Virgen, ‘fuente viva de esperanza’, y pidamos también a don Giussani —a él, que nos ha amado a cada uno de nosotros y al mundo— que en esta circunstancia histórica, que él mismo definió como de ‘una soledad brutal’, que nos lleve de la mano para nuestro bien y el del mundo»⁸.

Padre Francesco: «Estamos en un cementerio y parece que estamos en un jardín público. ¡Qué alegría!»

En marzo, Carrón recibía, entre otras muchas, una carta de Torremaggiore (provincia de Foggia): un amigo le informaba de que su mujer había ido a Milán y había dicho en casa que quería ir al cementerio, para visitar la tumba de Giussani. Su hija Maria, de diez años, le pidió que dejara en la tumba una pequeña nota: «Querido don Giuss, tengo que darte las gracias por lo que has hecho por mí y por muchas personas. Tú me has dado una familia y amigos. Te pido que reces por mi papá,

mi mamá y todos los que quiero, que están apenados por tu marcha al cielo. Gracias, te quiero». En la parte de atrás, la niña había dibujado una flor con este texto: «Sin raíces una flor no puede brotar. Tú eres las raíces y mi familia es la flor que ha brotado». El amigo concluía la carta a Carrón con estas palabras: «Quiero dar gracias a don Giussani porque dando, indignamente, mi vida a lo que me ha hecho amar, la carne de Cristo, me ha devuelto todo lo que amo»⁹.

Desde el día del entierro, el Cementerio Monumental de Milán ha sido meta de una peregrinación continua de personas que se detienen algunos momentos para rezar o para participar en la misa dominical de la capilla.

La decisión de enterrar a Giussani en el Famedio, la zona del cementerio donde reposan las figuras más significativas para la historia de la ciudad, fue tomada por el alcalde de Milán, Gabriele Albertini, basándose en la consideración de que Giussani era «una de las personalidades más potentes y humildes de la posguerra. Lo es no solamente en el ámbito religioso [...] sino también por la dimensión social que representa, por el bien concreto de su mensaje que se realiza en las personas que lo practican»¹⁰.

Espectador privilegiado del alto número de personas que atraviesa cada día el portón del Monumental es el padre Francesco Calvi, el capellán. Paola Bergamini, de la revista *Tracce*, ha recogido su testimonio: «Siempre hay alguien delante de la tumba de Giussani. Su presencia, durante todo este año, ha cambiado la vida en el Monumental, ha llevado al cementerio a muchas personas, a muchos fieles incluso no pertenecientes al movimiento. Personas que preguntan dónde está sepultado y se paran a veces solo unos minutos para rezar una oración». El padre Francesco conocía a Giussani solamente de nombre, pero confiesa haber tenido siempre «una gran atención, un gran afecto por él y por el movimiento, porque sabía que hacía mucho bien. Ahora que veo a tantas personas venir a rezar, mi admiración y mi atención crecen cada vez más».

Desde aquel 22 de febrero de 2005, Giussani «nunca está solo» subraya. «Los sábados y los domingos, además, es casi imposible pasar. A veces he tenido que dar un rodeo para no molestar. Durante la misa la pequeña iglesia está siempre llena. Llegan autobuses de todas las partes de Italia y viene gente también del extranjero. Llegan, siguen la misa, luego rezan el rosario delante de la tumba y cantan. Entonan la *Salve Regina* [...]. En su mayoría son jóvenes. Muchos chicos y muchos niños con sus padres. Esto me sorprende mucho». Recuerda que dos meses después de la llegada del féretro de Giussani, «el lunes de Pascua, después de la misa, había allí un montón de niños jugando y saltando, y pensé: ‘Estamos en un cementerio y parece que estamos en un jardín

público. ¡Qué alegría! Recuerdo que tuve que avisarles de que en breve se cerraba el cementerio». Después el padre Francesco piensa en su larga experiencia de capellán del cementerio: «Habitualmente, cuando celebro los funerales de una persona anciana asisten pocas personas, pero si ocurre lo contrario significa que la persona ha hecho mucho bien, como don Giussani. Este bien se derrama todavía y el testimonio no se apaga [...]. El Señor hace que todos saboreemos la amargura de la muerte, pero quien vive bien y está cerca de Él, tiene también el consuelo de su presencia y de su amor, como le ha ocurrido a Giussani».

Son muchos los que dejan en la tumba pequeñas notas con peticiones o con un agradecimiento, a menudo escritos en el momento, en hojas arrancadas de cuadernos o de libretas. «También este hecho me sorprende mucho», observa el capellán, «todas esas notas. Hay quien da gracias, quien pide una gracia particular» — en la tumba hay algunos exvotos por gracias recibidas —, «quien pide simplemente el don de la fe, a veces es una larga lista de nombres de personas confiadas a Giussani para que las proteja»¹¹.

Estos son algunos de los miles de mensajes dejados en la tumba de Giussani¹².

«Don Giuss, ¡guíame tú! Ayúdame a tener una mirada positiva y segura como la tuya, que me permita reconocer siempre a Jesús en las circunstancias que me plantea la vida. Ruega por mí y por mi familia, F. y mis amigos, sobre todo por S., N. y familia y la abuela de A.».

«Hola, don Gius, me confío a ti en el camino del primer año del GA [Grupo adulto, *nda*]. Ruega por mi sencillez».

«Querido don Gius, pido al Señor que no me permita olvidar todo lo que me has enseñado, con gratitud».

«Querido Gius, te confío el niño que voy a tener en pocos meses. Ayúdanos a ser padres, a estar juntos como marido y mujer. Apóyanos en la vida cotidiana, para que todo sea vivido por Cristo. Adiós Gius».

«Queridísimo don Gius, heme finalmente aquí delante de tu tumba para agradecerte todo lo que has hecho. Te pido tu ayuda y tu bendición para mis hijos, para que tú, por la intercesión de María, les obtengas el don de conocer el movimiento y en todo caso que Cristo sea el centro y el significado de su vida, y para que les ayudes en sus decisiones y en sus dificultades tanto físicas como espirituales. Te confío todas mis preocupaciones de madre y te confío también mi vida y la de M., en este comienzo de la jubilación, para que esté siempre llena de amor recíproco, de fe, de alegría como tú nos has enseñado. Gracias».

«Querido d. Giuss, te pido que me ayudes a reconocer y agradecer todo lo que he conocido en mi vida. Ayúdame, te suplico, a amar a los demás y a mirarles como tú has mirado al mundo. Quiero ser gratuito. Ruega por mi madre, mi hermana, mis parientes y mi anciana abuela,

mis compañeros de trabajo y por todos mis amigos. Quiero amarles a todos sin pretender nada a cambio. Mi vida es para ellos. ¡¡Un fuerte abrazo!!».

«Querido don Gius, vengo a pedirte hoy la gracia de que se cumpla mi vocación, intercede por mí para que, si el Señor quiere algo distinto de lo que yo deseo, no tenga miedo y le siga. Te confío también a mi amiga J. para que también ella pueda decir sí a Jesús a pesar del dolor y el esfuerzo que le pide. Te ruego por mi nuevo trabajo para que supere mi inseguridad y pueda hacer grandes cosas. Además, haz que mi corazón y mi yo puedan seguir siempre a Jesús».

«Querido don Giussani, te confiamos nuestra Fraternidad, en particular la salud de nuestros amigos F. y C. Te encomendamos también nuestras personas, a nuestros hijos y a nuestras familias».

«Intercede por la curación de mi madre y continúa acompañándome a mí y a mi familia para reconocer y amar la esperanza presente en esta circunstancia tan dolorosa. Gracias por la gracia que a través de ti me ha donado y me dona Cristo».

«Querido don Gius, intercede por mí ante la Virgen María. ¡Siempre te pido las mismas cosas! Pero también Jesús nos lo dijo. También yo puedo decir: 'Que se haga tu voluntad'. Veo ya los frutos de este abandono. Te ruego mucho —¡siempre siempre!— por D., mi hermana, mi cuñado, que Dios colme su soledad y les conceda el don de la fe. A los que acostumbro, añado hoy también a L. (el milagro de la curación) y toda mi familia. G. para que encuentre un trabajo estable. Protege a todas las personas que quiero y vela sobre mi Fraternidad».

Al término de la misa que se celebró en el Duomo de Milán en el séptimo aniversario de la muerte de don Giussani, el 22 de febrero de 2012, Carrón comunicó que había presentado la petición de apertura de la causa de beatificación y de canonización del sacerdote de Desio. La instancia había sido aceptada por el arzobispo de Milán, el cardenal Angelo Scola.

«Para responder a una exigencia que ha brotado en la vida de muchas personas», declaraba Carrón algunas semanas después, «de poder invocar su intercesión de manera ordenada y correspondiente a la verdadera naturaleza de su carisma, la Fraternidad ha solicitado y obtenido de la autoridad eclesiástica competente la aprobación de una invocación, destinada —¡atención!— a la devoción privada, la única que admite la Iglesia en relación con un Siervo de Dios, tal como es don Giussani»¹³.

Este es el texto de la invocación, impresa detrás de una pequeña imagen de Giussani con el *imprimatur* de su excelencia monseñor Angelo Mascheroni (Vicario episcopal de la diócesis de Milán) el 12 de abril de 2012:

Oh Padre misericordioso, te damos gracias
por haber dado a tu Iglesia y al mundo
al Siervo de Dios don Luigi Giussani.
Con su vida apasionada,
nos enseñó a conocer y a amar
a Jesucristo presente aquí y ahora,
y a pedirle con humilde certeza que
«el comienzo de cada día sea un sí al Señor
que nos abraza, y hace fecundo
el terreno de nuestro corazón,
para que se cumpla su obra en el mundo,
la victoria sobre la muerte y el mal».
Concédenos, oh Padre,
por intercesión de don Giussani,
y si es tu voluntad,
la gracia que imploramos,
con la esperanza de que pronto
sea contado entre tus santos.
Por Cristo, nuestro Señor. Amén.
Veni Sancte Spiritus.
Veni per Mariam

Ahora le toca una vez más a Dios.

«Dios me ha hecho comprender mejor que ‘todo lo que hiciste, lo que surgió después de entrar en el liceo Berchet, todo lo que nació de ese primer paso [...], todo lo que ha surgido lo hice nacer Yo’, dice el Señor»¹⁴.